

VI

Era el año cuarenta, en que yo escribo,
De este siglo que llaman positivo,
Cuando el que viejo fué por la mañana,
En vez de hallarse la cabeza cana
Y arrugada la frente,
Se encontró de repente
Joven al despertar, fuerte y brioso...

Desde el momento en que ocurre esta rara transformación del héroe de *El Diablo Mundo*, hasta algunos años después, su pongamos que hasta 1850, hay en España un período de fiebre poética, que se apodera epidémicamente de no pequeña parte de la clase media. Los versos fueron como nunca gustados y aplaudidos. Entraron en la vida real y se combinaron con los más vulgares sucesos, las visiones y los sentimientos exaltados, que aparecían brillantes y seductores por los adornos del metro y de la rima.

Muchos de los poetas que florecían entonces han vivido y escrito hasta terminar, ó casi hasta terminar aquel siglo. Después

han aparecido otros de no menos briosa inspiración, no menos originales, y dotados sin duda de mayor saber y de más juiciosa y elevada crítica. Y sin embargo, la popularidad que alcanzaron los poetas á mediados del siglo XIX, el entusiasmo que despertaron, el influjo que ejercieron y la resonancia que tuvieron sus composiciones, hacen, si lo comparamos con la ulterior y fría indiferencia, que la poesía entre nosotros aparezca hoy, si no muerta, sorda, abatida y desmayada. Bien puede afirmarse que, en el ya marcado decenio, culminó la poesía española como sol espléndido en su fervoroso meridiano. Desde entonces la poesía viene declinando y legando su poder á la prosa. El vulgo, fatigado de ella, le retira su atención y le escatima ó le niega su aplauso. Y del seno de la poesía decadente, de las canciones, odas, romances y leyendas que apenas ya se leen, se celebran y se compran, renace la epopeya pedestre y prosaica; la por muchos años descuidada entre nosotros y casi olvidada novela.

Tal vez la poesía, en aquel período de exaltación y de triunfo, tuvo aspiraciones más altas de lo que sus fuerzas consentían y del estado de los espíritus en la complicada civilización de la edad presente.

En las primitivas edades, Orfeo amansa las fieras y hasta suspende y embelesa á las Furias del infierno; Anfión edifica al són de la lira los muros de las ciudades; Femonce, Manto y las sibilas dan en verso sus pronósticos, los sabios pronuncian en verso sus sentencias, y en verso se dictan leyes y se muestran y abren los caminos de la vida. Todo esto presupone en aquellos antiquísimos vates una infusa, rara y sobrenatural sabiduría.

Con la misma pretensión, sino seriamente sentida, expresada al escribir en verso, los poetas del romanticismo se dejan arrebatar del estro con tan extraordinaria violencia, hieren tanto al Pegaso con el acicate y le dejan correr tan á rienda suelta y sin freno, que más bien que guiar, extravían al público que atiende á sus lecciones.

Harto sé yo que, como dice Bretón de los Herreros, no deben medirse los raptos líricos con el *compás de un geómetra*; pero, aun así, queda en pie y persiste sin resolver cierta duda: hasta qué punto el poeta entusiasmado, en un delirio que generosamente calificaremos de divino, puede contradecirse á cada instante, no ser en verso razonable como en prosa lo sería, y aparecer ora progresista, ora retrógrado, ora creyente,

ora ateo, ora poniendo todas sus esperanzas en el porvenir, ora alabando lo pasado y lamentando que ya no sea.

Para Espronceda, como para muchos otros poetas de aquel período, las más altas creencias religiosas son *ilusiones perdidas*. Dios, cuya existencia á veces se niega, se enoja otras veces, en opinión del poeta, porque el poeta estudia algo de filosofía, como si Dios no gustase de que filosofásemos, y le castiga haciendo que sólo crea en la *paz de los sepulcros*, que *palpe la realidad* y que *halle la duda*. El concepto de la mujer carece de término medio en la mente del poeta; la ve limpia, radiante, vestida de resplandores celestiales; la toca y la convierte en seguida en podredumbre y en lodo. Para que la mujer sea feliz es indispensable que sea estúpida. Cuando no lo es, es un ángel que tiene que estar llorando siempre. El poeta la quiere, la adora, la ensalza y la insulta ferozmente en la misma composición y á renglón seguido. Véanse, si no, los versos á *Jarifa en una orgia* y *A Teresa*, las dos composiciones líricas ó elegiacas más bellas de Espronceda y las que muestran más enérgicamente la desenfadada inspiración de su genio.

Sus contradicciones son pasmosas y se

encuentran en sus versos á cada paso. Ya imaginamos que Espronceda es un revolucionario, librepensador, irreligioso y anarquista, ya que es ó quiere ser un santo, embelesado con

La fe, la religión, bálsamo suave
Que vierte en el espíritu consuelo.

En ocasiones desdeña lo que fué, y sueña con abrir *nuevos senderos á la errante humanidad*; y en ocasiones habla, canta ó llora como pudiera un tradicionalista ó un fraile exclaustro:

¡Ay! solitario, entre cenizas frías,
Mudas ruinas, aras profanadas,
Y antiguos derruidos monumentos,
Me sentaré cual nuevo Jeremías,
Mis mejillas en lágrimas bañadas,
Y romperé en estériles lamentos.

Otra de las manías del romanticismo es el aborrecimiento de los estudios: la idea más ó menos terminantemente declarada de que es inútil cuanto en los libros se aprende, y que si no es inútil es nocivo para el poeta. Abrumado con el peso de cuanto ha leído, no puede remontar el vuelo; ocupada su mente con las nociones adquiridas, no puede tener originalidad ni

conceptos propios; y, fatigado su entendimiento en la tarea de recoger, ordenar y clasificar las verdades ya descubiertas por otros, pierde la valentía y el vigor convenientes para lanzarse á lo desconocido, y columbrar precientíficamente los más oscuros misterios y el porqué y el cómo de todo.

Al lado de Espronceda, si no como discípulos, porque arte tan libre y tan aborrecido de la enseñanza no consentía que se formase escuela, aparecen, como admiradores entusiastas siguiendo la misma dirección y formando grupos, varios otros poetas menores dignos de conmemoración y de elogio. Es uno de ellos el general D. Antonio Ros de Olano, cuya vida militar y política y cuyas novelas en prosa han venido á eclipsar la fama de sus versos. Dejándose llevar de la corriente contraria á la poesía no bien empezó á manifestarse, y procurando combinar las alambicadas sutilezas de estilo en los ensueños de Quevedo con la extravagante virtud de Hoffmann para crear personajes misteriosos y para imaginar lances extraños, Ros de Olano compuso *El diablo las carga*, *El ánima de mi madre*, y por último, *El doctor Lañuela*.

Otro más fiel y constante cultivador de

la poesía lírica, que bien podemos colocar en el mismo grupo, fué el célebre actor don Julián Romea. Sus versos son elegantes, discretos é inspirados á veces. Tal vez el estruendo de los merecidos aplausos que Romea obtuvo como actor, impidieron que resonasen las justas alabanzas que como á poeta se le deben. Y tal vez la moderación de su lirismo, su juiciosa crítica y su delicado buen gusto, haciéndole esquivar las rarezas y las extravagancias de moda, impidieron que apareciese bastante original é inaudito, y que llegase á ser como poeta lírico muy conocido y estimado del vulgo. Esta desatención y este olvido, si alguna lástima inspiran, no es por Romea, sino por el vulgo en general, cuyo atinado sentimiento de la poesía y cuya capacidad para comprender sus bellezas no quedan en muy buen lugar. Las composiciones de Romea, aunque escritas en pleno romanticismo, tienen la sobriedad, la sencillez, el primor y la tersura de nuestra mejor poesía clásica. Los versos religiosos están impregnados de piedad ferviente y sincera; hay en los de amores la más viva y delicada ternura, y en los dirigidos á Zaragoza entusiasta cariño á la patria, á la libertad y á las acciones heroicas, sin exageraciones

ni extravíos. Romea, por último, siente y comprende la hermosura del universo visible, expresándolo con nitidez y profundidad, y casi siempre sin falsa ó vana palabrería.

El más allegado á Espronceda en el mencionado grupo fué D. Miguel de los Santos Alvarez, cuyo natural ingenio, acendrado buen gusto y demás prendas de escritor y de poeta fueron, á mi ver, superiores á los de la mayoría de sus más ilustres y celebrados contemporáneos, pero cuya desidia, abandono, precoz desengaño de lograr como escritor fama y provecho y menosprecio desdeñoso de este provecho y de esta fama, hicieron punto menos que estériles aquellas prendas excelentes con que le había dotado el cielo. Admirador sin reparo de su amigo Espronceda, siguió sus huellas, ó mejor dicho, se le adelantó en lo desordenado y extravagante. A pesar de todo, en lo poco que escribió D. Miguel de los Santos Alvarez, más bien como jugando y á ratos perdidos que con persistencia y seriamente, se advierten la marca ó el sello de un ingenio muy delicado y aristocrático, que sin la carencia de fe en su propio poder hubiera producido los frutos más sazonados y ricos. Tal vez tuvo Alvarez, para disculpar ó jus-

tificar su pereza, menos fe aún que en su ingenio, en el atinado criterio y en la afición del público á la buena literatura. La gloria que por la poesía se consigue le pareció tal vez más difícil y más vana que á Leopardi en el discurso tan desconsolador y tan escéptico que escribió sobre esta materia. De todos modos, y sin investigar más la causa, es lo cierto que Alvarez compuso su única obra en verso de alguna extensión, sin trazar, al parecer, plan alguno, casi sin saber dónde iba ni qué se proponía. Imitando á Espronceda, acaso pensó y dijo:

Allá van versos donde va mi gusto.
Sin reglas ni compás canta mi lira

En el poema *María*, del que Alvarez escribió solo y nos legó el canto I, la extravagancia va más allá de lo inverosímil y frisa en lo absurdo. En un lupanar, cuya directora es doña Tomasa, vive la más inocente, pura, santa y virginal jovencita que imaginarse puede. Tal es María, sobrina de la mencionada directora, la cual la tiene encerrada, no sabemos cómo, en apartado y único limpio rincón de su inmundicia casa:

Donde no llega el discordante ruido
De las alegres bromas de Cupido.

Allí María, ignorante del mal, cultiva las flores, habla con los ángeles, finge y sueña aventuras del cielo y goza de místicos y espirituales amores. Como el poema se para aquí y no pasa adelante, nos quedamos también por averiguar en qué paran los misticismos de María. Y más vale así, porque, al leer lo ya compuesto, el lector menos *escamón* recela y presiente una catástrofe y está con el alma en un hilo. Como yo tengo la manga muy ancha, ora presumo que en la vida real todo es posible, ora me explico como simbólico ó alegórico el asunto del poema *María*, y decidido que está bien; pero esto no obsta para que jueces más severos que yo le califiquen de disparate. Y sin embargo, lo mismo que yo, no pueden menos de pensar estos jueces severos, si por dicha sienten y comprenden la poesía, que la poesía se halla difundida y resplandece en no pocas octavas del poema con notable elevación y brío y con gran delicadeza de afectos. En la parte cómica hay en este poema trozos que son modelo y dechado de gracia espontánea, y de originalísimos y naturales chistes. La descripción de doña Tomasa es, en mi sentir, de lo más ameno y urbanamente desenfadado que en verso castellano puede citarse; y las iróni-

cas alabanzas del universo visible, de los objetos que en él se ven y de la Providencia que los ha creado y los sostiene, son alabanzas, aunque irónicas, tan graciosas y tan sin hiel, que el más piadoso creyente, no sólo las perdona, sino las aplaude y las ríe, declarando que cuanto Mefistófeles dice á Dios, burlándose de sus obras, en *El prólogo en el cielo*, no vale un pito y es soso y sin chiste, comparado con lo que Alvarez dice.

El interés y el gusto con que por entonces no pequeña parte del público oía ó leía los versos, apenas se concibe ahora. Entonces poco se había estudiado y se sabía poco; pero había una candorosa afición á la ciencia, ya que no al estudio, y un amor y un entusiasmo por el arte que rayaban en frenéticos:

¿Apellidarse socio quién no ansía
Y en las listas estar del Ateneo?
¿Y quién, aficionado á la poesía,
No asiste á las reuniones del Liceo?

Y á la verdad, no sólo en el Ateneo y en el Liceo, sino en tertulias literarias *a natiuitate*, ó que se convertían en literarias, se recitaban versos que se escuchaban con admiración y eran muy celebrados. Lo nebu-

loso é indistinto de las ideas y la incoercible vaguedad de los conceptos solían prestar á estos versos su mayor hechizo. Cada cual, y sobre todo las mujeres, se los explicaban como les daba la gana; arrullado el oyente por el sonsonete ó la melopeya, imaginaba lo que era más de su agrado y se deleitaba, gozando de ello, en éxtasis ó en arrobos. Tales coplas *sugestionantes* y llenas de misterios llegaron al colmo de su perfección cuando se escribían para que se recitasen, y luego se recitaban al compás de un vals, de una polca ó de otra sonata por el estilo. Quien puso de moda este consorcio de la poesía y de la música, y quien logró por él triunfos envidiables, fué un joven tan gallardo como discreto, nacido en una familia de notables artistas, y de tan distinguida y hermosa presencia, que se parecía al retrato de Antonio Van Dyck tal como le pintó el pintor mismo y como en nuestro Museo se conserva. Este joven, que sobresalió más tarde como jurisconsulto, sabio conocedor de la ciencia administrativa, arqueólogo y juicioso y erudito crítico de Bellas Artes, recitaba al piano con voz sonora y simpática esta clase de versos musicales de su propia cosecha. Como, según la Condesa Trifaldi, sucedía en Candaya

con las seguidillas, «allí era el brincar de las almas, el desasosiego de los cuerpos, y, finalmente, el azogue de todos los sentidos». *Floridas estancias, alabastros con cien astros*, suspiros, melodías y otros primores, encanaban, deleitaban y fascinaban. El poeta que recitaba así sus composiciones con música, como se dice que Cayo Graco pronunciaba sus arengas, era el ilustre D. Pedro de Madrazo. Así cundió entre las mujeres la afición á la poesía. Muy lindamente recitaban algunas al piano los versos de Madrazo, y más tarde los de D. Francisco Camprodón. Y no contentas las más inspiradas con recitar versos ajenos, se lanzaron á componerlos propios, y llegaron á componerlos muy bonitos. Hubo varias poetisas, y no puedo menos de citar y de encomiar aquí á las dos más egregias.

Fué una doña Carolina Coronado, cuya inocente candidez, combinándose con un vivísimo sentir amoroso, semiterrenal y semimimístico, presta pasmoso hechizo á algunas de sus composiciones. Allá en su juventud primera, en el tránsito de niña á mujer, en la esquiva soledad de los campos y á orillas del Gévora, se diría que la musa extremeña evoca al Genio del amor con más virtud teúrgica que le evocó Yámblico en

las fuentes de Gábara. *El amor de los amores* es un idilio suave y lleno de misterios. Su irreflexiva espontaneidad hace que parezca sobrehumano: inspirado por el amor mismo.

Fué la otra poetisa doña Gertrudis Gómez de Avellaneda. Tal vez se diga que no me incumbe hablar de ella aquí porque no es española peninsular, sino cubana, y porque ha de estar encomendado á otro escritor el tratar de los poetas hispano-americanos en esta Revista. Difícil, casi imposible, es, con todo, pasar en silencio y no mentar sino el nombre de figura tan clara y tan gloriosa en nuestras letras. Es cierto que ella nació en Cuba, pero también nacieron en América Ventura de la Vega, Juan de la Pezuela, Antonio Ros de Olano, José Heriberto García de Quevedo, Rafael María Baralt, José Güell y Renté y otros que florecieron y brillaron en España, y que si los borrásemos del cuadro de nuestra historia literaria, el cuadro quedaría incompleto. De la Avellaneda hay más razón aún para no prescindir. Como novelista, como autora de dramas y, sobre todo, como poetisa lírica, tuvo y tiene capital importancia entre nosotros. No es meramente regional, sino universal y central su gloria. Cuantos son

hoy los pueblos ó naciones donde se habla y se escribe la lengua de Castilla, pueden y deben envanecerse de esta mujer, y estudiar y admirar sus escritos. Si exceptuamos á Santa Teresa, jamás hubo en España mujer alguna que compitiese con ella escribiendo.

Años há que le dedicó un extenso estudio quien dicta ahora este artículo. Hoy, al leer de nuevo los versos de la Avellaneda, no hallo desmedido el elogio que les dí entonces. En la admiración que me le había inspirado me precedieron D. Juan Nicasio Gallego, D. Nicomedes Pastor Díaz y otros no menos entendidos y autorizados críticos. Y, por último, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, en la hermosa introducción que compuso para la *Antología de poetas hispano-americanos*, publicada por la Real Academia Española, no contento con citar, aprobar y confirmar mi juicio, encarece y colma el conjunto de mis alabanzas con otras no menores y más elocuentes y fundadas.

No considero, pues, exageración repetir lo que entonces dije: que nuestra poetisa no tiene rival, ni aun fuera de España, á no ser que retrocedamos hasta las Safos y Corinas de los más gloriosos tiempos de Grecia, ó busquemos en la Italia del Rena-

cimiento la gentil figura de Vitoria Colonna. Y es aún de advertir que los versos de la Avellaneda, como nacidos en edad más reflexiva y de más complicación de ideas, están libres de aquella serenidad etérea, pero algo fría, que tienen los de la Marquesa de Pescara, y mueven más hondamente el alma por la contraposición entre el ideal soñado y la prosaica realidad de las cosas.

Tres son las principales fuentes de la inspiración de la Avellaneda: el amor humano, el amor divino y el entusiasmo por el arte de la poesía, que ella profesaba. Hasta el mismo desaliento, la desesperación byroniana y el hastío que á veces la inspiran, nacen de esta pasión mal pagada, de esta sed inextinguible que no halla donde calmarse en la tierra, de este afán de adoración y de afecto que no descubre objeto adecuado y digno á quien adorar y querer. Desde el amor indeterminado sin objeto aún, hasta el amor ofendido, humillado y escarnecido, que levanta la voz con acentos de inmortal arrogancia mezclados con otros de tierna sumisión enamorada, no hay cuerda del alma que no vibre potente y sonora en las canciones de la excelsa poetisa, que en lo elocuente, fervoroso y sincero de la expresión no cede á ninguno de los román-

ticos, ni á Alfredo de Musset en Francia, ni á Espronceda entre los nuestros.

«Sección riquísima en las poesías de la Avellaneda — dice Menéndez y Pelayo — constituyen sus versos religiosos; de imitación bíblica los de su juventud, en los cuales, no sólo hay extraordinaria pompa de imágenes y grandilocuencia y valentía, sino elevadísimos conceptos teológicos expuestos con rara precisión; místicos ó afines al misticismo los de su vejez, en que su fe, siempre ardiente y robusta, fué tomando carácter más íntimo y abismándose cada vez más en el torrente de la contemplación. La diferencia entre ambos períodos puede reconocerse tomando por tipo del primero el asombroso canto *A la Cruz*, en que el beneficio de la redención humana está considerado principalmente desde el punto de vista social ó histórico; y como tipo del segundo los versos que se titulan *Dedicación de la lira á Dios*.»

Esta segunda y suprema manifestación del espíritu religioso en las poesías de la Avellaneda, ha sido hasta hoy poco estudiada y menos enaltecida. El P. Blanco García apenas celebra lo místico, si bien, como es justo, pone por las nubes lo bíblico y lo ascético. Concede á la Avellaneda la

sencilla y oculta sublimidad del maestro León, y, prefiriendo los versos religiosos de la poetisa cubana á los de Lamartine y Zorrilla, cuya fiel y constante ortodoxia pone en duda, acaba de esta suerte: «En las imitaciones de la sublime poesía hebrea permanece su espíritu casi intacto; se escuchan la salmodia del Profeta Rey y las lamentaciones del pueblo escogido, y se respiran los aromas del Sarón y del Carmelo.»

Todavía en aquel período de extraordinaria y fecunda animación poética hubo y descolló un vate, que no fué más que vate, que consagró á la poesía su vida entera, que la tomó por profesión ú oficio á la manera de los antiguos trovadores, y que, sin sostener aquí que valía más ó menos, fué más popular en lo dramático que García Gutiérrez y Hartzzenbusch, más leído y celebrado que el Duque de Rivas en lo legendario, y casi estoy por afirmar que más admirado en lo lírico que Espronceda y la Avellaneda. Su alta reputación y su envidiable fama persistieron sin eclipse hasta que terminó la vida mortal del poeta. Y por cuanto podemos columbrar y ver en el porvenir, su gloria le sobrevivirá sin menguabo en el presente siglo y acaso en los futuros.

Tal consistencia y tal dilatación de su fama, se deben sin duda á que nadie como él logró tener reconcentrada en el alma, por manera no meditada, sino inconsciente y *genial*, ya que no divina, el alma colectiva de su pueblo, tal como fué en la edad que él vivió, con todas sus creencias, ensueños, aspiraciones vagas, tradicionales fantasías, vanidades y jactancias.

No como figura retórica, sino como hecho real, pudo decir y dijo D. José Zorrilla, que éste es el poeta de quien hablamos:

El Genio ardiente que en mi pecho habita,
La palabra me da que os doy escrita.

Hasta en lo incomprendible, alambicado y tenebroso de no pocas de las cosas que dice, cuando se pone á meditar y á expresar lo que medita, hay un poderoso inexplicable hechizo que cautivaba entonces á la muchedumbre. ¿Qué serían ó qué significarían

Aquellas horas sin horas
En que nuestras horas cesan,
Horas que en el alma pesan
Como inmensa eternidad;
Unas horas sin Oriente,
Sin Occidente y sin nombre
En que atosigan al hombre
La mentira y la verdad?

Al presuponer la aparición en su tiempo de un *bardo* tan colosal como Cervantes, el cual se hubiera quedado absorto, sin comprenderlo y con la boca abierta si le hubiesen llamado *bardo*, ¿qué nos quiso Zorrilla dar á entender al encargar, no se comprende bien si á Cervantes ó al bardo nuevo, que en el día del juicio final,

Cuando al eco atronador
De la funeral trompeta
Se junte el mundo en un valle,
Mándale al mundo que calle
Y dile que era un poeta?

Sin afectación, sin farsa, sin *posse*, como Baudelaire, como el mismo Víctor Hugo y otros románticos franceses, sino con asombroso candor y natural sencillez, Zorrilla, no sólo siente y nos hace creer que siente dentro de su propio sér el numen, el demonio, el espíritu que le agita, que le infunde extraños pensamientos y que desata luego su lengua en inauditos y melodiosos cantos, sino que se nos muestra circundado de visiones, fantasmas, vestiglos, ángeles y diablos, que ora le exaltan, ora le atormentan, ora le deleitan, ora le aterran. El poeta aparece, ya como energúmeno ó poseído, ya como obseso. Y en la descripción de

estos seres sobrenaturales que, ó bien penetran y se filtran en su espíritu, ó bien le rodean, giran, se mueven y danzan en torno de él, su imaginación enorme y la abundancia y la fuerza de su brillante estilo, tienen tal magia que nos hacen ver, como á él, á esos seres vagos é informes, cuya tenebrosa esencia para él y para nosotros permanece oculta.

Sueño, estrella ó espectro, ¿quién eres?
¿Qué buscas, fantasma, qué quieres de mí?
¿No hay sin tí ni dolor ni placeres?
¿No hay lecho, ni tumba, ni mundo sin tí?

En la obscuridad de la noche, en el estampido del trueno, en el ruido del viento y en el sonar de la lluvia contra los cristales de su ventana, oye el poeta á los espectros y á los duendes, y en el azulado y rápido fulgor de los relámpagos entrevé sus formas monstruosas, ya de hermosura que seduce, ya de fealdad horrible que amedrenta y pone grima. En medio de este enjambre tumultuoso de creaciones fantásticas se destaca siempre la principal visión, que no se llega averiguar quién sea, pero que ejerce raro y decisivo influjo en la vida del vate, el cual exclama dirigiéndose á ella:

Quienquier que seas, vano pensamiento,
Mujer hermosa que soñando vi,
O recuerdo ó tenaz remordimiento,
Ni un solo instante viviré sin tí.
Si eres recuerdo endulzarás mi vida,
Si eres remordimiento te ahogaré,
Si eres visión te seguiré perdida,
Si eres una mujer yo te amaré.

Por más que aspiremos á la concisión y brevedad en estos artículos, poeta tan fecundo, tan inaudito, y en cierto modo tan único, requiere y exige que nos detengamos más en el estudio de sus obras si hemos de acertar á juzgarlas como merecen. Dejamos, pues, para nuevo artículo el proseguir hablando de D. José Zorrilla.